

Crítica y polémica en el vacío posmoderno

Néstor Kohan

Prólogo al libro
**«La isla posible. Ensayos sobre ideología y
revolución» de Enrique Ubieta**
[Buenos Aires, Ediciones Acercándonos, 2022]

Los “costos” de pensar a contracorriente

Cuando en el año 2022 la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires estuvo dedicada a Cuba, una importante y numerosa delegación cultural de aquel país visitó la Argentina. El diario *Clarín*, nave madre de la derecha local más troglodita y reaccionaria, publicó la noticia enumerando algunos de los nombres más conocidos de la comitiva cubana. Al referirse a Enrique Ubieta Gómez, autor del presente libro, *Clarín* lo nombró utilizando una expresión peyorativa y notoriamente estigmatizante. Pretendió deslegitimarlo llamándolo “comisario cultural” (sic). No fue un desliz inocente o un error involuntario de un periodista poco informado o principiante. ¡Al contrario! Sabían perfectamente a quien atacaban y porqué.

¿Cómo explicar semejante reacción y tan indisimulado encono, enigmáticamente focalizado en la figura de Ubieta, quien no posee una apabullante fama en la Argentina? Las razones son varias.

En primer lugar, Enrique Ubieta dirige actualmente la revista *Cuba Socialista*. Cuba + Socialismo: dos términos absolutamente “demoníacos” e indigeribles para la ideología del muy poderoso y aun más triste monopolio de desinformación argentino.

Trabajé varios años en *Clarín*, en su suplemento cultural, comentando libros. Parafraseando libremente a un pensador muy querido por Ubieta, “conozco al monstruo desde sus entrañas”. Allí conocí gente buena, noble y honesta que hoy en día mantiene posiciones antiimperialistas (como por ejemplo la compañera y amiga Telma Luzzani, autora de la excelente obra *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica*). Pero, al mismo tiempo, en aquella redacción también tuve que soportar a gente absolutamente diferente de Telma. Y aquí aparece, en segunda instancia, una posible explicación para este extravagante “recibimiento” con que *Clarín* reportó en 2022 la visita de Enrique

Ubieta a la Argentina. Recuerdo por ejemplo una jefa que, en forma desafiante y a la vista de todo el mundo, tenía sobre su escritorio de aquel periódico la revista *Encuentro*, financiada por... la CIA (dato al alcance de todo el mundo). Se trataba de una anticubana rabiosa, agresiva y provocadora frente a cualquier variante de socialismo (incluso viajó personalmente a Cuba con la abierta finalidad de generar escándalo mediático...); mientras mantenía una posición bochornosamente sumisa y obediente frente a las empresas editoriales-comerciales del sistema. Este otro tipo de posiciones políticas es la que predomina en la dirección editorial del diario *Clarín*. Por eso el enojo delirante y la furia desproporcionada frente a la visita de un intelectual como Enrique Ubieta. Lo que les incomoda y molesta es, sencillamente, que no se deja quebrar ni comprar y que, además, a lo largo de muchos años, las modas efímeras van pasando pero Ubieta se ha mantenido y continúa firme en las posiciones revolucionarias.

¿Muchos años? Sí, muchos años. Tal es así que durante el llamado “período especial” cubano (inmediatamente posterior a la caída del Muro de Berlín) Ubieta dirigió desde La Habana la prestigiosa publicación teórica *Contracorriente. Una revista cubana de pensamiento*. Cuando el marxismo (o los marxismos, para ser más preciso) caían en descrédito, incluso dentro de un sector no despreciable de la intelectualidad académica de Cuba, este escritor intentó desde *Contracorriente* difundir textos marxistas renovados, completamente ajenos a los antiguos manuales de la mal llamada “ortodoxia”.

Recorriendo algunos números de aquella brillante herramienta contrahegemónica que se editó en Cuba durante los impiadosos y crueles años '90, me reencuentro con artículos de amigos muy queridos y admirados como Fernando Martínez Heredia, Armando Hart Dávalos, Roberto Fernández Retamar y Adolfo Sánchez Vázquez. Incluso me sorprende al releer una entrevista olvidada a Hebe de Bonafini, uno de los principales y emblemáticos símbolos de las Madres de plaza de mayo de Argentina. Tuve el honor de que *Contracorriente* me publicara en 1999 un pequeño texto titulado “Lenin (ese maldito que sigue incomodando)”.

Desde aquellos difíciles y amargos años '90 —cuando, supuestamente, se había acabado la historia— conozco a Enrique Ubieta.

Pero este intelectual cubano no sólo ha coordinado u orientado revistas teóricas. También dirigió el Centro de Estudios Martianos. Por si ambas tareas no alcanzaran, además es autor de varios libros: *Ensayos de identidad* (1993); *De la historia, los mitos y los hombres* (1999); *La utopía rearmada. Historias de un viaje al Nuevo Mundo* (2002); *Venezuela rebelde. Solidaridad vs. dinero* (2006); *Cuba: ¿revolución o reforma?* (2012); *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla Desconocida* (2014); *Zona roja. La experiencia cubana del ébola* (2016) y *Diario de Turín. La solidaridad en tiempos de pandemia* (2021), entre otros.

¿Se entiende entonces la operación macartista que maliciosamente le dedicó *Clarín*, paladín prostituido y mercenario de la “libertad de empresa”, no de prensa?

La tenacidad en tiempos de contrainsurgencia

Si algo caracteriza a los materiales reunidos en *La isla posible. Ensayos sobre ideología y revolución* [2022] es la perseverancia y la tenacidad con las cuales el autor invita a su público a despejar el terreno de un bosque abigarrado de maleza y yuyos envenenados, atravesado por senderos y falsos atajos que no conducen a ningún lado bueno. (Podría acaso preguntarse: “¿bueno para quién?” Pues bueno para el pueblo cubano y los pueblos de Nuestra América, opuestos a los intereses de los monopolios de origen norteamericano que pretenden recuperar su antiguo casino mafioso y su viejo cabaret perdido hace más de medio siglo).

Con una paciencia envidiable, Ubieta se interna por varios laberintos tortuosos, donde las palabras clave y las señales que marcan la dirección del camino pretenden ser resignificadas para expropiar a la revolución de su prestigio histórico, su enorme fuerza moral y su mística que le han permitido ejercer durante décadas una influencia político-cultural de alcance continental. “Socialismo”, “democracia”, “cultura” y muchas otras, pretenden vaciarse de su significado histórico para así poder adecuarlas a las necesidades geoestratégicas del imperio, siempre deseoso de lograr en la isla caribeña el eternamente frustrado “cambio de régimen”.

Agotada la vía terrorista clásica de las bombas, invasiones, asesinatos “quirúrgicos” y otros mecanismos trillados y repetidos hasta el hartazgo por el complejo industrial-militar del Pentágono, la CIA y la Casa Blanca, los principales estrategias estadounidenses del “golpe blando”, las “revoluciones de colores” y las “guerras híbridas” han cambiado su *modus operandi* frente a Cuba. El ex presidente Obama, que repartió sus energías durante años entre las aspiraciones al Premio Nobel y la propaganda de cremas dentríficas y cepillos de dientes (que mostró en sus campañas publicitarias y sus viajes — Cuba incluida— hasta el cansancio) fue, quizás, la máxima expresión de ello. Todavía hoy provoca suspiros nostálgicos en algún que otro académico cubano claudicante que adapta sus agendas de investigación y el contenido de sus revistas al *mainstream* posmoderno, falsamente multicultural, de la Academia gringa, para así lograr subsidios, un par de becas o aunque sea un viajecito (perdón, “pasantía académica”) a la Tierra Prometida.

Con valentía, lejos de todo eufemismo y llamando a las cosas por su nombre, Ubieta no duda en escribir la siguiente frase (que, seamos claros, muchos “marxistas” o supuestos “izquierdistas” jamás se animarían a formular): “El presidente Obama pedía a los cubanos que olvidaran la historia; apenas un año después, el Secretario de Estado del nuevo presidente norteamericano reivindicaba la Doctrina Monroe”.

Podría quizás parecer una simple crónica de época. No lo es. Transcurridos ya algunos años de aquella visita a la isla, la vertiente cubana restauracionista de la república neocolonial continúa secando sus lágrimas de fascinación por... Barack Obama, ese embaucador príncipe azul (de traje lujoso, apariencia morena y pensamiento blanco, ¡tan diferente a Malcolm X o Martin Luther King!) que prometió tanto..., seduciendo en Cuba a quienes tenían demasiadas ganas de ser usados y abandonados, pero no devolvió ni desmanteló la Base militar de Guantánamo, no terminó con la tortura ni archivó definitivamente la Doctrina Monroe, mientras continuó imperturbable promoviendo golpes de Estado, intervenciones militares fuera del territorio estadounidense y todo aquello a lo que nos tiene acostumbrados “la mejor democracia del mundo libre y la sociedad abierta”.

La contrainsurgencia suave, hoy a la moda, rebosante de dólares en sus cuentas bancarias y con una insistencia digna de mejores causas, convoca al pueblo cubano a “aterrizar suavemente” (sic) y sin grandes cataclismos en la restauración capitalista. Para ello se presenta como una “oposición leal” (¿leal a quién? Sospechamos que leales a quienes garantizan mes a mes su sustento, sus viajes, sus “pasantías académicas” y sus giras por el mundo, sin una obra que lo amerite. Porque convengamos, con sincero y completo respeto, que ninguna de las figuras y apellidos que menciona Enrique Ubieta en sus múltiples polémicas ha producido una obra propia de envergadura que aporte una originalidad tal que posea la solidez de “un clásico” del pensamiento social internacional (quizás de derecha, pero clásico al fin de cuentas. No es el caso de los nombres aquí tratados).

Esa cara aparentemente amable y educada del imperio norteamericano, hablando castellano con entonaciones y modismos cubanos, jugando al dominó y con música caribeña de fondo, idealiza por enésima vez la república neocolonial y dependiente previa a 1959. De este modo, estilizado y diversificado, pretende sepultar y sacrificar el esfuerzo colectivo de varias generaciones cubanas en el altar del Mercado todopoderoso mientras que con la mentalidad de un sirviente hacendoso enaltece los (imposibles) vínculos armoniosos con aquella potencia que “la Providencia” y *La Biblia* habrían destinado fatalmente a dirigir el mundo; fundamentalmente su patio trasero y en particular sus antiguos prostíbulos y casinos mafiosos de la mayor de las Antillas. Para ello se torna imprescindible enlodar la cancha, distraer con espantapájaros y abarrotar con pegajosas telas de araña la esfera pública de debates contemporáneos.

Se puede entonces recorrer cualquier parte del libro y leer sin previo aviso sus muchos materiales. Ubieta no se cansa. Debatiendo con antiguos y prestigiosos teóricos, otrora radicales, o polemizando con publicistas de segunda o tercera categoría (autodenominados confusamente “cubano-americanos”, cuando en realidad son cubanos emigrados que adoptaron tanto la nacionalidad como la ideología dominante en Estados Unidos), el autor vuelve una y otra vez sobre las discusiones en torno al socialismo, la autodeterminación nacional

y las diversas alternativas de futuro que esperan a la sociedad y el pueblo cubanos, según sea quien gane la batalla ideológica. Porque si algo recorre como un hilo rojo todos los textos aquí reunidos es el problema de la ideología.

Es bien sabido que este término y la teoría que lo elucida (gestada incluso antes que nacieran Marx y Engels) no son unívocos. El marxista británico Terry Eagleton llegó en un texto célebre a diferenciar 26 nociones distintas de “ideología”. Carlos Pereyra, marxista mexicano, las redujo a dos grandes tradiciones que utilizan la misma palabra con connotaciones notoriamente opuestas. Ahora bien, cualquiera sea el significado que se asigne a dicho término, lo que está claro en el libro es que la pretendida “des-ideologización” no es más que el fallido intento de reemplazar la ideología emancipadora del comunismo sustituyéndola por otra ideología (bastante vieja y oxidada, por cierto). Pero... una sustitución de ideología que, con trucos de ilusionista y maniobras de estafador, pretende no presentarse como tal. Por eso asume el nombre de “pragmatismo”, “real politik” y otros señuelos encubridores que invariablemente terminan seducidos por el perverso *glamour* del Mercado capitalista.

Mercado (donde todo tiene un precio, todo se compra y se vende) que antes recibía duras impugnaciones en canciones y melodías de enorme prestigio, dentro y fuera de Cuba, pero que hoy parece seducir incluso... a sus antiguos herejes.

Absolutamente famosos, relativamente conocidos o completamente anónimos, nadie puede quedar al margen de la discusión ideológica y el debate de perspectivas. La fama en la música o el deporte (y el cariño popular que suele acompañarlos), bien ganados en el pasado, no garantizan necesariamente la pretendida “infalibilidad” de posiciones políticas ambiguas o borrosas en el presente. Nadie tiene coronita. En la revolución cubana y en cualquier sociedad que pretenda superar las antiguas jerarquías del capitalismo, las artes deberían gozar de plena libertad y los deportes deberían abordarse a partir de la seriedad de quienes lo practican, no de fórmulas políticas oportunistas ni slogans de ocasión. Pero en ninguna de esas actividades deberían existir “vacas sagradas”. Ni en los deportes, ni en las ciencias sociales, ni en la política ni en la música.

“¿Y si juntamos lo mejor del capitalismo y el socialismo?”. ¡Vaya propuesta repleta de dislates y disparates! Tal vez sería divertido formular esa pregunta después de probar un cigarro de marihuana. ¡Las ensoñaciones imaginarias no son pecado! Soñar no cuesta nada, dice el refrán popular. Incluso el mundo de la imaginación y las ensoñaciones ayuda a llevar mejor la vida. Aunque entre sueños y realidad suele haber... una pequeñísima distancia.

Pero si dejamos las bromas referidas a la marihuana al costado y pretendemos un mínimo de seriedad intelectual, formulemos esa misma pregunta a Billy Gates, Elon Musk, Carlos Slim o George Soros a ver cómo la responden. O tal vez podríamos interrogar a los magnates que lideran el Foro Social de Davos a ver si acuerdan.

A propósito de esa interrogación, recuerdo una visita del pensador belga Ernest Mandel, en marzo de 1993, a la Universidad de Buenos Aires (UBA). Mandel era uno de los mayores economistas marxistas del mundo. Hasta representantes del FMI o del Banco Mundial, enemigos a muerte de sus teorías, querían conocerlo en persona (según el testimonio de algunos discípulos suyos). Mandel también estuvo en la isla caribeña en los años '60 y participó en "el debate cubano" (1963-1964). Cuando llegó a Buenos Aires en 1993, hace ya tres décadas y a poco tiempo de la caída del Muro de Berlín y la implosión de la Unión Soviética (de la cual él era crítico), dio una conferencia en la UBA. Todo el mundo fue a escucharlo. A mí me tocó hacerlo de pie, porque ya no cabía un alma en el recinto, junto al profesor José Sazbón (uno de los mayores eruditos de la cultura de izquierda argentina). Su conferencia no se grabó ni filmó, lamentablemente. Pero la recuerdo al detalle. Allí Mandel, en uno de sus pasajes centrales, nos dijo: "ustedes en Argentina idealizan a los países y sociedades escandinavos. Particularmente a Suecia. Lo que ustedes no saben es que en esos países, modelos de la «socialdemocracia» a nivel mundial, gobiernan en realidad cuatro o cinco familias de poderosos millonarios". No era la advertencia de un improvisado o un diletante sino la de alguien que sustentaba sus análisis con datos, estadísticas y una cantidad abrumadora de estudios, libros y trabajos de investigación empírica. Como europeo occidental conocía de primera mano aquello de lo que estaba hablando.

Al leer algunas de las polémicas del libro de Enrique Ubieta, me da la impresión que esa misma idealización de la socialdemocracia nórdica también prolifera en Cuba, a pesar de que los principales países escandinavos han solicitado recientemente su ingreso a la OTAN, abandonando toda pose de "neutralidad". Es decir, subordinándose completamente, sin pena ni gloria, al neoliberalismo furioso y a la política belicista del imperialismo norteamericano y occidental. ¿Serán entonces un modelo realista para el futuro de Cuba? ¿O lo que le espera a esta isla irredenta, si rompe definitivamente con el socialismo e inicia su "aterrizaje suave" en la economía social de Mercado es..., sin mayores vueltas, Puerto Rico? Cualquier polémica sobre la socialdemocracia para Cuba no debería eludir estas preguntas.

Sigamos entonces con los cantos de sirena que apabullan el bombardeo mediático de la dictadura del algoritmo: "No discutamos de ideología, discutamos de bienes de consumo de última generación. ¿A quién le interesa la mejor vacuna cubana contra la pandemia del COVID 19 comparada con el televisor gigante y el último automóvil a la moda en Miami?".

En otras palabras: "si nos subordinamos al águila, vamos a tener en la vidriera el más reciente modelo de teléfono inteligente, la última versión de las computadoras de diseño y la motocicleta que utilizan los *winner*s [ganadores], aunque nos cueste perder la bandera propia, nuestro lenguaje, nuestro cine, nuestra literatura y nuestra identidad". Para expresarlo con claridad y sin ambigüedades: ¿Qué

importa si dejamos de ser Cuba y nos convertimos en Puerto Rico, si a cambio llegan las mejores marcas de ropa, los sintetizadores que reemplazan una orquesta entera y los teléfonos celulares más complejos?

Aunque el problema macro que recorre todo el libro de Enrique Ubieta gira en torno al debate de fondo sobre las ideologías en pugna, las perspectivas que el autor va recorriendo para abordar estos problemas y responder aquellas interrogaciones se ubican en diferentes niveles y dimensiones.

A nuestro entender, principalmente tres: (a) las discusiones estratégicas, de índole prioritariamente teóricas; (b) los debates y polémicas políticas y (c) las reflexiones aparentemente minimalistas e “inocentes” sobre la vida cotidiana.

No hay nada más práctico que una buena teoría

¿Cómo convencer a todo un pueblo de que, por fin, se rinda y reciba con los brazos abiertos a su enemigo histórico?

Recordemos que los grandes teóricos de las confrontaciones y conflictos, el prusiano Karl von Clausewitz y el británico Basil Liddell Hart, sostenían en sus respectivas doctrinas que “la mejor guerra es la que se gana sin combatir”. Para ello hay que desarmar ideológicamente al enemigo que se pretende someter. Persuadirlo que es inútil toda resistencia. Si la fuerza de quien resiste reposa en su firmeza ideológica, pues entonces: ¿qué mejor que pretender abandonar toda ideología?

Ubieta nos explica con gran claridad y en forma muy amena, para que lo entienda todo el mundo, que el repetitivo slogan “¡fin de las ideologías!” es, también, él mismo, una ideología.

¿En qué consiste, para el caso específico cubano, esta ideología del “fin de todas las ideologías” y el reclamado abandono del “lenguaje polarizante”? Simplemente en una invitación a estrecharnos en un abrazo perverso entre ex revolucionarios, cansados o conversos, con el viejo y ya senil amo imperial. Esto es, recibir con amabilidad, mansedumbre y el mayor complejo de inferioridad imaginado a quienes sometieron durante seis décadas al pueblo cubano a un bloqueo irracional, condenado por la casi totalidad de la comunidad internacional. Aceptar el regreso, con el sombrero en la mano, la cabeza gacha y la mirada dirigida hacia el suelo, de quienes intentaron asesinar más de 600 veces al principal dirigente histórico de la revolución cubana. Considerar como “hermanos de la misma familia” a los especialistas en técnicas de tortura, maestros de varias generaciones de fuerzas represivas latinoamericanas. Aquellos mismos que se vanaglorian públicamente (en videos, entrevistas, libros de memorias) de ser “expertos” en golpes de Estado, procesos electorales fradulentos, arquitectos del *lawfare*, injerencismo en países soberanos. Los principales responsables de cientos de miles de personas desaparecidas en todo el continente (desde Guatemala, El Salvador y Perú, hasta Chile,

Argentina y Brasil). Los que utilizaron el narcotráfico y la venta ilegal de armas para financiar a la contrainsurgencia en Nicaragua, asesinando monjas, maestras y médicos.

Quienes nos invitan con cara de feliz cumpleaños y en un tono suave y amable a “abandonar las anteojeras ideológicas” pretenden que las víctimas y sus verdugos se estrechen mejilla con mejilla, pecho con pecho, brazo con brazo.

Pero el abordaje del problema de las ideologías y la teoría que las estudia (se la conciba como “falsa conciencia” o como “concepción del mundo vinculada a intereses”) no es abordado por Ubieta en términos genéricos y universales como lo hacen los especialistas Terry Eagleton o Carlos Pereyra, siguiendo las enseñanzas de *La Ideología Alemana* de Marx y Engels o los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci.

Enrique Ubieta terrenaliza aquel debate remitiendo la discusión teórica de las ideologías a otros problemas, vitales, cruciales y fundamentales para comprender a Cuba, su conflicto con el imperialismo norteamericano y sus variados intentos de navegar por aguas inciertas hacia una sociedad más justa: el socialismo.

En ese punto, el libro recupera y prolonga la dimensión historicista y dialéctica que se interroga por la pluralidad y coexistencia de múltiples contradicciones en la sociedad contemporánea, tratando de escudriñar cuál es la principal y cuáles son las secundarias. El autor encuentra que la principal contradicción social del mundo actual (marcado a fuego por la crisis del imperialismo entendido como sistema mundial, no exento de desarrollos desiguales, dependencias, saqueo, explotación, etc.) es aquella cuyo antagonismo irreductible enfrenta a “los países explotadores” con los “pueblos y países explotados”.

De allí infiere que Cuba, antigua colonia española, luego país dependiente y neocolonia norteamericana, que logra su independencia y autodeterminación nacional a partir del triunfo del movimiento revolucionario encabezado por Fidel Castro, solamente podrá mantener dicha autodeterminación como nación soberana (frente al “autonomismo” y el “anexionismo”, vestidos con nuevos ropajes) si al mismo tiempo se mantiene firme en esa búsqueda de una nueva sociedad no capitalista, conocida popularmente como el socialismo. Rápidamente el autor nos aclara que no existe un modelo único de socialismo y que éste no constituye un punto fijo y estático de llegada de una vez y para toda la eternidad. Dejando a un lado aquellas viejas definiciones de manual que la vida misma puso en crisis, Ubieta considera que el socialismo es un proceso abierto y un camino sin final preasegurado de antemano. Nunca un estado de cosas cristalizado y detenido en la historia.

Hecha esta aclaración fundamental, agrega que si se abandona el proyecto socialista en nombre de los cantos de sirena del pragmatismo mercantil, automáticamente Cuba perderá su independencia soberana y su autodeterminación nacional. Por eso según sus argumentos, resulta fatuo y vacío pretender separar a José Martí de Marx, Fidel y el Che. No puede existir un “patriotismo” ni un

“nacionalismo” cubanos (donde Miami y La Habana podrían, por fin, bailar la misma melodía, jugando al dominó y comiendo frijoles), que no sea al mismo tiempo antiimperialista y socialista. No por una definición de diccionario, no por un espíritu “axiomático” ni un dogma de manual sino por la experiencia histórica. El imperialismo se ha fagocitado a numerosas revoluciones que no pudieron o no supieron ir a fondo. Allí están los ejemplos, incluso triunfantes, de la revolución mexicana de comienzos del siglo XX o la revolución boliviana de 1952. ¡Ambas triunfaron! Pero no pudieron ir a fondo, no se plantearon dejar atrás el capitalismo dependiente, por eso terminaron retrocediendo y finalmente restaurando las relaciones de explotación y dominación previas a los triunfos revolucionarios. Con esa apabullante y demoledora experiencia continental en la espalda, ajena a todo dogma “ideológico”, lo más pragmático, lo más realista y lo más viable es continuar navegando contra viento, marea y huracanes en búsqueda de una sociedad más justa, el socialismo, sin dibujar “modelos” de pizarrón, predeterminados de antemano.

A 90 millas del monstruo que en plena crisis y declive hoy pretende arrastrar al planeta entero hacia la guerra nuclear, Cuba no puede darse el lujo de pretender ser Suecia, como sueñan los “cubano-americanos” (aquellos del “aterizaje suave”) y varias becarias de la Fundación Ebert o pupilos de George Soros (campeones en las redes del “republicanismo socialdemócrata” y el perverso abrazo entre opresores y oprimidos).

Sólo con esas reflexiones, ya el libro habría cumplido su cometido. Pero Ubieta no se conforma. Va por más.

Entonces vuelve sobre uno de los problemas al que le dedicó un libro entero publicado en 2012: aquel debate abordado por Rosa Luxemburg frente a los gerontes etnocéntricos de la antigua socialdemocracia colonialista europea: ¿reforma o revolución?

Ubieta no vuelve sobre la triste y patética herencia de Eduard Bernstein (cuyos argumentos son hoy reciclados y/o plagiados, sin citar al abuelo fundador, por euro-“comunistas” españoles, críticos de Cuba pero apologistas de la OTAN). Nuestro autor no se interna en una biblioteca para hacer la historia de las ideas. Pensando en un público juvenil, ubica el debate en el siglo XXI y lo formula específicamente para el futuro de Cuba. Su debate es situado, no abstracto.

Si en el pasado la isla de Fidel y el Che fue uno de los faros de la rebelión continental, ¿hoy en día se va a convertir en una nueva Meca, ahora reformista y socialdemócrata? ¿O continuará, en las nuevas condiciones históricas, apostando por un cambio permanente, sistemático y continuo en medio de un mar cada vez más embravecido? Invitamos a quienes leen este libro a buscar en sus páginas la respuesta y a continuar la lectura, si acaso interesa, en otros libros y ensayos de Ubieta que también abordan dicho problema.

Finalmente esta obra analiza otros problemas de fondo, estratégicos, pero no circunscritos a la política.

Por un lado el drama humano de la vida y la muerte, una joya de pensamiento estilísticamente tan bien pulida y lograda que puede ser leída incluso por gente que no conoce una línea de marxismo.

Por el otro, una temática central en los *Manuscritos de 1844* de Marx, leídos y estudiados al detalle tal como podemos apreciar en numerosos escritos y discursos del Che Guevara: el conflicto entre “el tener” (la mediocre utopía que nos proponen desde La Florida y cada noche por la TV capitalista) y “el ser”, entendido no como una metafísica indefinida y eterna sino como un nuevo sentido de la vida, infinitamente superior a cualquier manual de autoayuda, de esos que se venden en supermercados y librerías de *shopping* (al menos en Argentina).

Ya Ubieta analiza dicha cuestión del *tener* y el *ser* en un libro que lleva precisamente esa contradicción en su título. Pero aquí vuelve a profundizar encontrando nuevas modulaciones de una crítica radical del consumismo depredador, del vacío posmoderno y de la cultura de vidriera. Para fundamentar su inteligente razonamiento nos aporta un pasaje de José Martí (Carta a María Mantilla, del 9 de abril de 1895) que nos deja con la boca abierta por lo precursor del apóstol en ver lo que se venía... Martí no conoció los *Manuscritos* que Marx redactara en París en 1844 ni tampoco el texto “El fetichismo de la mercancía y su secreto”. Pero con otro lenguaje, llega a las mismas conclusiones de Marx. ¡De una apabullante vigencia en nuestros días!

Crítica y polémica en el vacío posmoderno

Si la primera dimensión de su libro navega en las aguas movedizas de los debates teóricos de fondo, estratégicos, en la segunda se anima a abordar otra serie de discusiones, principalmente centradas en la política.

En ese terreno, observado su libro desde un ángulo macro, Ubieta se esfuerza por reactualizar y recuperar el espíritu de ofensiva del movimiento revolucionario, durante demasiado tiempo dejado en un cajoncito “a la espera de tiempos mejores”. ¡No! ¡Definitivamente no! Ya es hora de romper con la mentalidad de fortaleza asediada y de dejar de ubicarnos invariablemente a la defensiva. Este libro y otros que circulan en nuestra época se animan —¡excelente decisión, por fin!— a poner punto final al (injustificado) complejo de inferioridad de la tradición revolucionaria.

Y entonces Ubieta se mete de lleno con algunas “modas”, endeables, vacuas, tremendamente blandengues y en muchos casos repletas de plagios de la socialdemocracia europea, el socioliberalismo italiano y las reminiscencias tardías el euro-“comunismo” español. En ese rubro Ubieta aborda el vínculo amañado y tirado de los pelos que pretende homologar, en un ecléctico pastiche posmoderno, la “Ilustración” con el republicanismo neocolonial, un salvavidas de plomo para la revolución cubana... Maridaje forzado que pretende instalar, pasito a pasito y sin que

nadie se dé cuenta, la peregrina idea de una supuesta sociedad “post-revolucionaria”...

¡Un nuevo “POST” por si no alcanzaran ya el postestructuralismo, el posmarxismo, el posmodernismo, los estudios poscoloniales, el post-obrerismo, y tantos otros derivados de las metafísicas “POST”!

Ubieta explica, con mucha paciencia, lo que debería ser obvio pero ya no lo es. Si la revolución cubana quedó en el pasado y si hoy estaríamos habitando una sociedad “post”, las únicas salidas posibles para vivir mejor serían... individuales. Adios a todo proyecto colectivo. Y no sólo individuales, sino también... *in english*. *¿Do you understand?* [en inglés. ¿me entiendes?]. Otro atajo sin salida que nuestro autor identifica, señala y deja marcado para evitar ingenuidades.

La comida recalentada de la vieja socialdemocracia

Y entonces el libro, sin ningún complejo de inferioridad y sin miedo a los linchamientos mediáticos (a los que nos tienen acostumbrados el gusanaje de Miami y sus ventrílocuos y voceras más cercanos, lo hemos sufrido en carne propia), se mete de lleno con la discusión de la socialdemocracia y el tan mentado “centrismo” (versiones en clave caribeña de la fracasada “tercera vía”). O sea, la forma elegante y pretendidamente *chic* que asume la ideología de la restauración del capitalismo dependiente en Cuba.

Este es uno de los principales núcleos polémicos del libro, que dicho sea de paso, no se agota en esta obra. Porque el gran caballo de Troya que diversos pupilos de Soros, exultantes becarias de la Fundación Ebert y no pocos “cubano-americanos” pretenden presentar como una brillante novedad y un descomunal descubrimiento teórico-político... en realidad es más viejo que la humedad. Sólo que ahora goza del beneplácito (léase: abundantes dólares y euros mediante) de la contrainsurgencia norteamericana y de la OTAN. Fracasado ya el terrorismo primitivo de Posada Carriles y sus cómplices criminales, el mismo proyecto se presenta ahora, de forma mejor empaquetada y vistosa, como “socialdemócrata”. Remitimos al público a la lectura de cada una de las polémicas de Ubieta quien sin faltarle el respeto a nadie y con un tono, si se quiere, medido y elegante, ubica a cada quien en su sitio.

No nos sorprende ni nos afecta en lo más mínimo que “cubano-americanos” (que encima se autodefinen como sionistas, por si no alcanzara su obsecuencia con el imperialismo yanqui) balbuceen una serie de lugares comunes con el gesto y el talante de los habituales “expertos” de universidades ignotas que desfilan por CNN como si fueran supuestos sabiondos, cuando son unos ignorantes como para exponerlos en una mesa de observación.

En cambio, sí nos da sinceramente pena (es decir, lástima y por momentos dolor) que antiguos revolucionarios radicales se dejen seducir por semejantes engendros indigeribles. Lo cual le permite reflexionar a este prologuista —tal vez tardíamente— que quizás no

todo lo que en el pasado se presentaba como “heterodoxia” era completamente radical y de izquierda.

Recuerdo de forma nítida, por ejemplo, que uno de aquellos “heterodoxos” del pasado, antiguo amigo personal, me expresó una vez, ¡por escrito!: “Nestor: yo soy el terror de los utopistas” (sic). Me escribió en un correo electrónico lo que ya me había manifestado oralmente en varias ocasiones. ¿A quiénes pretendía descalificar como supuestos “utopistas”, con su habitual voz gruesa y su humor irónico y ácido que tanto nos divertía y nos hacía reír en nuestras conversaciones habituales? Pues a quien escribe este prólogo y fundamentalmente al querido amigo, compañero y maestro Fernando Martínez Heredia... Y nos llamaba despectivamente “utopistas” porque nos asociaba al Che Guevara, por oposición a su admirado Adam Przeworski (liberal nacido en Polonia, nacionalizado estadounidense), y otros gurús internacionales adoptados como guías incuestionables por los intelectuales del PSOE español.

Dialogando con Martínez Heredia en su propia vivienda de La Habana, alguna vez Fernando me dijo: “tú sabes bien quién ha sido consecuente y quién no; quién continúa en la perspectiva del Che y quién no”. Y la contraposición teórico-política sobre la que me alertaba Fernando Martínez Heredia continuó con detalles que prefiero no volcar en este prólogo. En aquella ocasión yo escuché en silencio, callado y atento. No quise echar leña al fuego. Pero las notables diferencias estratégicas dentro de las “heterodoxias” cubanas estaban claras.

No todos quienes cuestionaban y se oponían a los antiguos dogmas de origen soviético lo hacían *por izquierda y desde el comunismo*.

Algunos lo hacían por derecha y con no poca simpatía por la socialdemocracia. A partir de una admiración escasamente disimulada por el Mercado, concebido como la lámpara de Aladino que supuestamente iba a resolver todos los problemas pendientes de Cuba.

¿Una “rebeldía” contrarrevolucionaria?

En artículos cortos, con lenguaje de comprensión sencilla y pensando en un público prioritariamente juvenil, ***La isla posible*** de Ubieta va desmontando el intento por “deconstruir” la historia de la revolución cubana.

Es sabido que el partido comunista de Cuba liderado por Fidel no nació de un repollo ni lo trajo una cigüeña desde París como en algunos cuentos infantiles. Fue el producto de una enorme síntesis político y cultural entre diversas tradiciones que anidaban en la historia de la sociedad y el pueblo cubanos. La tradición inspirada en José Martí, le herencia nacionalista revolucionaria de Guiteras, el antiguo comunismo fundado por Julio Antonio Mella, la tradición cristiana revolucionaria, la ética de las religiones afrodescendientes y varias otras constelaciones llegaron a unirse por la necesidad

impuesta en una sociedad en plena ebullición, pero guiados por un director de orquesta de lujo: Fidel Castro. El más ecuménico de los ecuménicos. Recién seis años después del triunfo de 1959, la organización-síntesis asumió un nombre común: se denominó “comunista”, pero sin reducirse a una sola línea, la del antiguo PSP. El nuevo partido liderado por Fidel conjugaba la tradición de Martínez Villena y Marinello, pero entrecruzada con el heroísmo de quienes asaltaron el cuartel Moncada, la constelación político cultural del movimiento juvenil y estudiantil revolucionario y muchas otras vertientes. La unidad lograda por Fidel (ausente en otras latitudes, bien lo sabemos en Argentina) fue y sigue siendo fundamental para resistir a la principal potencia (imperialista) político-militar del mundo.

¿Hacia dónde se han dirigido los “tanques pensantes” norteamericanos y sus empleados cubanos más jóvenes durante la última década? Pues hacia el intento repetido de desmembramiento de dicha unidad. Han hurgado hasta el detalle más nimio, han amplificado el pelo más delgado y diminuto, tratando de fragmentar, dislocar, dividir, escindir y pulverizar dicha unidad revolucionaria. Siempre tratando de demonizar absolutamente todo lo que esté asociado al perfume maldito y embrujado del comunismo. Los artículos, los posteos en las redes, los ensayos encaminados en esta dirección proliferan como hongos. Ese es “el gran negocio” y el principal “nicho de mercado” por el cual hoy en día se obtienen fácilmente becas, pasantías académicas y subsidios, sea de la fundación de Soros, de la Ebert o de cada nueva y falsa ONG que nace mes a mes para combatir a la revolución.

Escindir todo lo posible al partido que gobierna, junto con los movimientos sociales, la sociedad cubana (refrendado por su pueblo en infinidad de consultas, debates, asambleas y votaciones masivas) es “la gran tarea” del imperio norteamericano. Y no sólo se trata de fragmentarlo. Además, hay que tratar de oponer toda rebeldía juvenil o popular redirigiéndolas invariablemente, sea como sea, contra las instituciones del Estado cubano.

Si llueve mucho, la culpa es... del Estado cubano. Pero si hay sequía y hace demasiado calor, esa misma culpa es... del Estado cubano. Si un periódico impreso o una página digital es estatal, por definición se transforma en “basura”. No importa qué dice ni qué publica. ¡No nos olvidemos que habitamos la era de la “posverdad”! En cambio si a un blog insulso, vulgar y repleto de plagios mal disimulados, lo financian desde La Florida, automáticamente se convierte en un supuesto faro incontaminado de luz espiritual y “alta cultura”. Cuatro o cinco párrafos redactados a vuelapluma, copiados de la vieja y apolillada literatura macartista y “anti-totalitaria” de la guerra fría, son replicados automáticamente en 15 ó 20 países (traducidos a incontables idiomas) como si los hubiera redactado Jean-Paul Sartre o Simone de Beauvoir. Si el mecanismo no fuera tan sucio y rudimentario, generaría risa y hasta... ternura. Sobre todo porque la becaria o el pupilo de turno en serio se creen Sartre o Simone de Beauvoir. Le han endulzado el ego mientras le llenaban el bolsillo.

La operación es clara. No hay que ser Albert Einstein ni aspirar al Premio Nobel para descubrirla.

Pues bien, Enrique Ubieta va desmenuzando ese tipo de operaciones, de la misma manera que lo vienen haciendo programas de TV juveniles, nuevos y recientes proyectos revolucionarios de información en las redes y otras iniciativas de la sociedad cubana.

Y al hacerlo arremete duramente y con justicia contra una prostituída “rebeldía” contrarrevolucionaria que de rebelde no tiene ni los calzones, pues sus principales “tanques pensantes” y los funcionarios de sus “laboratorios de ideas” reproducen su vida con el dinero sucio de la inteligencia norteamericana y las falsas ONGs, que funcionan bajo el déspota popperiano George Soros o la desprestigiada Fundación Friedrich Ebert, cuyo nombre enaltece, homenaja y celebra al asesino alemán de la comunista, judía y polaca, Rosa Luxemburg.

El subsuelo común de todas esas operaciones gira en torno a la *demonización del proyecto y la tradición comunista* en nombre de “LA DEMOCRACIA” (estadounidense). Así funciona y se despliega el nuevo macartismo de la guerra fría, reciclado y adaptado a los tiempos que corren. Nos hablan y apabullan con la consigna de la “sociedad abierta” mientras le entregan infinidad de armas a los batallones neonazis, supremacistas y racistas, en Ucrania.

Enrique Ubieta, con mucha altura y estilo, sin estridencias innecesarias ni consignismos baratos, pone con mucha valentía el dedo en la llaga de esta operación que tiene varios violines pero que todos interpretan exactamente la misma partitura. En lugar de “hacerse el distraído” o “mirar para el costado” (lo más cómodo y redituable para evitar la satanización y el linchamiento en las redes impuesta por la dictadura del algoritmo), Ubieta da nombres concretos. Se mete de lleno con supuestos “laboratorios de ideas” financiados por las falsas ONGs y los aparatos de la inteligencia norteamericana. Por esa vía su libro complementa los otros frentes de polémica que abre (y son muchos).

La metafísica de la vida cotidiana en clave caribeña

Habiendo abordado los debates teóricos e ideológicos de fondo y las polémicas políticas mencionadas, el libro finalmente aporta una serie de postales y frescos de la vida cotidiana cubana de los últimos años.

Su autor no persigue encandilar al público con fotografías “for export”. Conocedor de la tradición marxista, esta obra recupera de algún modo y sin mencionarlos reflexiones de la teoría crítica como las de Karel Kosik (quien analizó en su tiempo la metafísica de la vida cotidiana) o Henri Lefebvre (quien publicó en su época su célebre crítica de la vida cotidiana).

Desde ese ángulo no ajeno al marxismo, por lo menos al marxismo más refinado y radical, Ubieta nos comparte sus reflexiones sobre:

- El deporte (¿amateur? ¿profesional y rentado?)
- Un viaje en automóvil antiguo por La Habana (¿cómo viven cada uno de los pasajeros y pasajeras? ¿qué sueños van tejiendo mientras atraviesan la ciudad?)
- Las modas de la ropa, la música y los lenguajes juveniles (¿es el reguetón el futuro ineluctable de la cultura cubana? ¿puede mantenerse una autonomía cultural, propia y específica, frente a la avasallante propaganda del “american way of life”?)
- La mística revolucionaria e internacionalista de las brigadas médicas cubanas, símbolo de otra forma de vivir y sentir la vida (¿qué significado tienen las brigadas médicas que han recorrido el mundo, acompañadas en no pocas ocasiones por el autor de este libro?).

Todas estas postales, por momentos minimalistas, en gran medida frescos inigualables de enorme calidad literaria y profundidad sociológica, no son menos profundas que las otras partes del libro, en apariencia más “políticas”. Al contrario. Es en la vida cotidiana del pueblo, en sus dificultades, en sus sueños, en sus modos de relacionarse día a día donde se juega el futuro de la revolución cubana y del proyecto inacabado del socialismo.

Pensar (y vivir) más allá de las redes y las burbujas

No hay que subestimar la *Big Data* ni la dictadura del algoritmo (nuevos instrumentos de dominación y manipulación del imperio). Está claro. Pero toda la furia desbocada de “las redes” es efímera, superficial y fácilmente manipulable. Decretar la muerte de los sueños revolucionarios por internet es relativamente sencillo. Algo muy distinto es derrotar, doblegar y someter en la vida real una revolución como la cubana y al pueblo heroico que la sostiene día a día. Sería sensato no confundir ambas dimensiones.

Tres ataques personales y dos insultos descalificadores tienen un impacto tan volátil como una hojita en la tormenta. En cambio, una obra de reflexión como la que aporta este libro, paciente, meditado, humilde pero contundente, sin exabruptos gratuitos ni consignas oportunistas de ocasión, seguramente perdurará en el tiempo.

Incluso tomando en cuenta que su autor no pertenece ni a “los padres fundadores” de la cultura revolucionaria cubana (como Carpentier, Hart Dávalos, Fernández Retamar, Martínez Heredia, etc.) ni a “las madres fundadoras” (como Alicia Alonso, Haydée Santamaría, Celia Sánchez, Vilma Espín, entre muchas otras). Justamente, por pertenecer a una generación posterior, educada y formada ya en el período revolucionario, sus reflexiones e intervenciones resultan tan interesantes y sugerentes.

La revolución cubana y el proyecto socialista deben, sí o sí, renovarse. Los consensos deben ser nuevamente actualizados. No obstante, la renovación y actualización deben hacerse *por izquierda y desde el comunismo*. Hay que animarse a poner definitivamente

punto final a la estafa moral e intelectual que homologa “renovación” con claudicación y “actualización” con rendición.

Este libro, de lectura amena y enorme profundidad, aporta una serie nada despreciable de insumos en esa dirección. Sería muy bueno no desaprovecharlos.

Seguiremos navegando con tenacidad en búsqueda del socialismo, porque la historia permanece abierta, nada está garantizado de antemano y la lucha continúa.

Muchas gracias a Enrique Ubieta y a quienes, como él, nos ayudan a no perder la brújula en este viaje interminable, siempre inacabado y muchas veces angustiante, hacia una nueva humanidad y una sociedad más justa.

Buenos Aires, 6 de agosto de 2022